

**COMENTARIO EXEGÉTICO AL
TEXTO GRIEGO DEL NUEVO TESTAMENTO**

SANTIAGO

COMENTARIO EXEGÉTICO AL
TEXTO GRIEGO DEL NUEVO TESTAMENTO

SANTIAGO



editorial clie

M.Th. Samuel Pérez Millos

DCI\$NQH@K BKHD

C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS (Barcelona) ESPAÑA
E-mail: libros@clie.es
Internet: <http://www.clie.es>

COMENTARIO EXEGÉTICO AL TEXTO GRIEGO
DEL NUEVO TESTAMENTO
SANTIAGO

Copyright © 2011 Samuel Pérez Millos
Copyright © 2011 EDITORIAL CLIE

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org <<http://www.cedro.org>>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-8267-530-5
ISBN obra completa: 978-84-8267-547-3

Printed in U.S.A.

Clasifíquese:
HERMENEUTICA
0272-Comentarios del NT-Santiago
CTC: 01-02-0272-04
Referencia: 224749

Dedicatoria.

Dedico este trabajo a quienes viven en el compromiso de la fe.

A quienes en lugar de una fe intelectual buscan expresar la fe mediante obras, bajo la conducción del Espíritu.

A quienes, dejando de teorizar sobre la fe, viven en ella, sosteniéndose en la gracia.

ÍNDICE

Prólogo.	11
Capítulo I	
El cristiano en las pruebas	
Introducción	13
Introducción general	15
Autor	15
Evidencias internas	18
Objeciones	20
Evidencias externas	20
Autenticidad y canonicidad	21
Destinatarios	22
Lugar y fecha de redacción	23
Trasfondo de las iglesias	24
Motivo	25
Tema	25
Contenido teológico	25
Teología propia	25
Bibliología	26
Soteriología	27
Antropología	28
Hamartología	28
Angelología	28
Vida cristiana	29
Dedicación	29
Dependencia	29
Oración	30
Modo de hablar	30
Sabiduría	30
Eclesiología	31
El texto griego	31
Referencia general	31
Alternativas de lectura	37
Bosquejo	37
Exégesis	38
Saludos (1:1)	38
La fe puesta a prueba (1:2-4)	42
Los recursos en la prueba (1:5-8)	47
Gozo en las circunstancias (1:9-11)	54
Soportando las pruebas (1:12)	59

Aflicciones de la concupiscencia (1:13-16)	62
Objetivo divino en las pruebas (1:17-18)	70
El cristiano y la Palabra (1:19-27)	75
Aceptando la Palabra (1:19-21)	75
Obedeciendo la Palabra (1:22-25)	86
Viviendo bajo la Palabra (1:26-27)	93

Capítulo II

El cristiano y la fe.

Introducción	101
El cristiano y la fe (2:1-26)	102
La fe exige imparcialidad (2:1-4)	102
La fe evita las afrentas (2:5-7)	110
La fe cumple la ley real (2:8-11)	121
La fe manifiesta misericordia (2:12-13)	129
La fe se evidencia en obras (2:14-19)	135
La fe ejemplificada (2:20-26)	148

Capítulo III

El cristiano y el dominio propio.

Introducción	163
El cristiano y el dominio propio (3:1-18)	164
El uso de la lengua (3:1-12)	164
Modo de hablar (3:1-2)	164
Ejemplos sobre el modo de hablar (3:3-8)	171
La inconsecuencia del modo de hablar (3:9-12)	182
La sabiduría para la vida (3:13-18)	192
La sabiduría terrenal (3:13-16)	192
La sabiduría celestial (3:17-18)	202

Capítulo IV

El cristiano y el sometimiento a Dios.

Introducción	211
El cristiano y el sometimiento (4:1-17)	212
Las causas de los conflictos (4:1-2)	212
Oraciones sin respuesta y causas (4:3-6)	223
El sometimiento a Dios (4:7-10)	240
Juzgando al hermano (4:11-12)	252
El pecado de arrogancia (4:13-17)	258

Capítulo V**El cristiano y su estilo de vida.**

Introducción	269
La paciencia (5:1-11)	270
Causas que producen impaciencia (5:1-6)	270
La necesidad de la paciencia (5:7-9)	286
Ejemplos sobre la paciencia (5:10-11)	293
Los juramentos (5:12)	298
La oración (5:13-18)	302
Oración y alabanza (5:13)	302
Oración, enfermedad y poder (5:14-18)	304
La restauración del extraviado (5:19-20)	318
Bibliografía	327

PRÓLOGO

Afirman los expertos en la crítica literaria que prologar un texto no es otra cosa que “vender el libro”; o sea, presentar las virtudes del autor y de su obra con el fin de excitar la curiosidad del lector potencial que se asoma a las primeras páginas. Es por esto que, con buen criterio comercial, el primer consejo que los editores dan a sus autores es, el no pedir jamás a un enemigo este ejercicio preliminar. Pues bien, me honra que el autor de este voluminoso comentario sobre la epístola de Santiago me considere su amigo al invitarme a prologar su trabajo, aunque dudo sinceramente de que esta magnífica obra necesite ser prologada por mi o por cualquier otro. Lo realmente cierto después de leerla con detenimiento es que el trabajo de Samuel Pérez Millos se vende solo, igual que sus otros muchos trabajos anteriores a lo largo de una extensa y fructífera carrera como autor, comentarista y expositor bíblico.

El autor, discípulo directo de Don Francisco Lacueva (1911-2005), fue educado en el rigor de un sólido escolasticismo cuya raíz podemos situarla en la vieja escuela pontificia de Salamanca. Pérez Millos siguiendo a su maestro, aparece como uno de los comentaristas más prolíficos de las Escrituras en lengua castellana. La publicación de este libro viene a enriquecer la escasa oferta de comentarios rigurosos a la epístola de Santiago de los que disponemos en nuestro mundo protestante.

Esta es una obra completa y recomendable, no solo para el creyente de a pié que se interesa en profundizar en el estudio bíblico, sino para todos aquellos que desde el rigor docente trabajan con el texto bíblico. La presentación es clásica del autor situando el aparato morfológico al principio de cada capítulo, y ayudando así al lector a localizar con rapidez el significado y la forma de los términos para posteriormente y conforme vaya avanzando en la lectura, encontrar su significado contextual en el análisis sintáctico.

Se estructura este trabajo en cinco capítulos siguiendo el fluir natural del texto bíblico, y que nos ayudan a ver con diáfana claridad la argumentación y el hilo conductor que el Apóstol trazó para exhortar a la Iglesia a una praxis que autentificara la fe confesada. Comienza este comentario con una abundante y rica explicación de los elementos introductorios relativos tanto a la introducción general; desarrollo histórico, arqueología, cronología, canonicidad, historia, religión y teología; así como, los relativos a la introducción especial; esto es, paternidad literaria, fecha de composición, integridad del texto, estructura y mensaje. En el capítulo primero podemos encontrar como el autor explica que la verdadera fe es

capaz de vivir en medio de las pruebas, y que estas son parte consustancial a la experiencia de fe, que no es otra cosa que *vivir a Cristo*. En el capítulo dos, encontraremos que el autor presenta las obras como *el respirar del cuerpo* que ha sido vivificado por la obra de Cristo. Aparecen pues las obras como la manifestación y la evidencia de que *la fe intelectual y teológica es verdadera*. En el Capítulo tercero, el comentarista explica magistralmente como la verdadera fe practica el dominio propio en la relación de unos para con otros; esto es, que debe optar por una acción pacificadora que evidencie que somos *súbditos de un reino de paz* y que nuestro Maestro es el Príncipe de Paz. En el capítulo cuarto, encontramos un llamado al *sometimiento a Dios incondicional e independiente de que los que nos rodean estén o no estén sometidos*; así como, en la confesión de las faltas propias. El capítulo cinco actúa como un broche magistral donde la *restauración de las faltas* en el ejercicio del amor produce el fruto del crecimiento pues ha vencido a las quejas impacientes, a la murmuración, y a la publicidad dañina de las miserias ajenas.

Finalmente, aprecio y me congratulo de que el comentarista junto con el análisis exhaustivo y técnico del texto, concluya cada sección con una llamada a la reflexión devocional, un ejercicio espiritual necesario para una necesaria ponderación entre el intelecto y el espíritu que a fin de cuentas es lo que determina una verdadera fe y piedad.

Por todo lo anteriormente expuesto, saludo esta obra con agrado por su contribución a la ciencia bíblica y con agradecimiento por la oportunidad de poder recomendarla al público de habla hispana.

Castelldefels, Mayo del 2010

J. Eugenio Fernández Postigo,
Decano del Instituto Bíblico y Seminario Teológico de España

CAPÍTULO I

EL CRISTIANO EN LAS PRUEBAS

Introducción.

Las llamadas *Epístolas Católicas* o *Universales* son un grupo septenario de los escritos de Santiago, Primera y Segunda de Pedro, Primera, Segunda y Tercera de Juan, y Judas. Este calificativo les fue dado desde el año 197 por Apolunio, el antimontanista. Eusebio también las califica de este modo, aunque para él, *católicas* es sinónimo de *canónicas*. Suele explicarse el término en razón del círculo más amplio de lectores al que se dirige, en contraste con otros escritos del Nuevo Testamento, especialmente las cartas de Pablo, que tienen destinatarios más concretos y limitados. Los escritos aparecen en el orden en que las enumeran los representantes de las iglesias orientales, fundamentado en el mismo en que aparecen las llamadas *columnas* de la iglesia (Gá. 2:9). Sin embargo, en occidente se solían mencionar primero las dos epístolas de Pedro. El orden en que habitualmente aparecen en las versiones bíblicas es el que se estableció en la Vulgata.

Se hace mención de las *Epístolas Universales* en la patrística antigua, de modo que el primer testimonio procede de Orígenes, que llama *católicas* a la *Primera Epístola de Pedro*, a la *Primera Epístola de Juan*, y a la de *Judas*. De la misma manera Dionisio de Alejandría (fallecido en a. 265), distingue la *Epístola Católica de Juan*, de las otras tres del mismo apóstol. Los Padres griegos, suelen llamarlas *católicas*, como se aprecia en las *Catenae* griegas sobre estas epístolas. Didimo el Ciego de Alejandría, las llamaba *canónicas*. El calificativo de *Católicas* en sentido de *universales*, alcanzó las siete *epístolas*, ya en tiempos de Eusebio y de Jerónimo. Los Padres latinos anteriores a Jerónimo, no las distinguen, generalmente, por este u otro calificativo.

Algunas de las *Epístolas Universales*, fueron cuestionadas por un tiempo y puestas en duda por autores antiguos, de ahí que Eusebio las colocaba entre la *ἀντιλεγόμενα*, escritos discutidos, aunque reconoce que ya eran admitidos mayoritariamente. Aunque algunas de ellas seguían siendo cuestionadas en tiempos de Orígenes, éste las consideraba como canónicas. En la iglesia latina, dejan de cuestionarse a fines del s. IV, reconocidas ya en el concilio provincial de Hipona (a. 393) y por los III y IV de Cartago (a. 397 y 419). Sin embargo, en la iglesia oriental siguieron cuestionándolas durante más tiempo, hasta que fueron reconocidas en el Concilio Trulano (1. 692), aceptándolas en el canon del Nuevo Testamento. La iglesia siríaca tardó aún más en admitir todas las *Epístolas Universales*.

Estas *Epístolas* tienen casi el carácter de homilías, en su conjunto, que se escriben en forma de carta. Son todas ellas un ejemplo del modo de enseñanza que se utilizaba para la formación de los fieles en las iglesias primitivas, especialmente en aquellas que tenían una notable presencia de judeo-cristianos. De alguna manera se puede coincidir con Agustín que señala como objetivo principal de ellas el de refutar las herejías que comenzaban a presentarse en las comunidades cristianas primitivas.

Tal vez por formar parte de un grupo al margen del gran *corpus paulino*, se hayan tenido como escritos de menor interés para el estudio. Sin embargo la riqueza de su contenido tanto en doctrina como en parénesis es admirable.

Entre las *Epístolas Universales*, está la de Santiago cuyos destinatarios se les llama como "*las doce tribus que están en la dispersión*" (v. 1), dirigida no tanto a una iglesia sino a un determinado grupo de cristianos, mayoritariamente judíos, en Palestina. No significa esto que no hubiese allí iglesias establecidas, ya que en Hechos se mencionan a las de Judea, Galilea y Samaria, como iglesias pujantes que crecían y se consolidaban (Hch. 9:31). Con todo no se conoce mucho de la fundación de estas iglesias que probablemente no fueron fundadas por los apóstoles, sino por cristianos convertidos en Jerusalén y por los dispersos a causa de las primeras persecuciones (Hch. 8:4). La epístola es un escrito dirigido a los hermanos de ascendencia judía, con la intención de exhortarles a una vida cristiana consecuente atendiendo, en una expresión visible de la fe, al compromiso del seguimiento a Cristo.

Como parte de la Escritura, la *Epístola de Santiago* es un escrito inspirado y debe ser estudiada en toda la profundidad posible, como elemento de formación, corrección, amonestación y orientación de vida cristiana (2 Ti. 3.16-17). El creyente sólo alcanzará la madurez en la medida en que incorpore, por el poder y acción del Espíritu, la Escritura a su vida personal. Este escrito es un elemento en la mano de Dios para alentar, orientar y corregir al creyente en muchos aspectos de la ética, tanto en la relación con Dios, como con los hombres y los hermanos. Desconociendo estos aspectos no habrá un correcto modo de vida y testimonio. La *Epístola de Santiago* no surgió de un modo casual, sino que es el resultado de enfrentar las necesidades de los creyentes en varios aspectos de su modo de vida, a fin de que fuesen un fiel testimonio de Cristo ante el mundo.

I. INTRODUCCIÓN GENERAL.

Autor.

La identificación del autor ha sido motivo de polémica durante tiempo. Algunos consideran la *Epístola* como *pseudoepígrafa*, esto es, con una firma que no corresponde al autor. En ese sentido entienden que tuvo que haber sido escrita durante el tiempo de la primera patrística, o sub-apostólico. Tanto Jerónimo como Clemente hacen alusión a esa opinión sostenida en sus días. Para otros se trata de un escrito anónimo que en el tiempo se asignó a Santiago. Es de opinión de algún erudito que se trate de un material recopilado de sermones predicados por Santiago, compilado en forma epistolar de la manera en que se dispone actualmente¹.

Cinco personas aparecen en el Nuevo Testamento con el nombre de Santiago, si bien la primera de ellas el hijo de Matán y padre de José el esposo de María (Mt. 1:15s) no tiene nada que ver con la posible autoría del escrito. El nombre es una contracción castellanizada de dos palabras latinas, *Santus Iacobus*, esto es, San Jacobo.

El primero de este nombre es *Santiago el hijo de Zebedeo*, que era hermano del apóstol Juan (Mt. 4:21). Fue llamado por el Señor junto al Mar de Galilea (Mt. 4:21) y seleccionado junto con su hermano menor Juan para ser uno de los doce apóstoles (Mt. 10:2; Mr. 3:17; Lc. 6:14; Hch. 1:13). Ambos, junto con Pedro, formaban un grupo que se conoce como el *círculo íntimo*, estando presentes en ocasiones especiales del ministerio de Cristo, como la resurrección de la hija de Jairo (Mr. 5:37), la transfiguración (Mt. 17:1ss) y en la agonía del Señor en Getsemaní (Mr. 14:33). A Jacobo y a su hermano Juan, probablemente por su carácter impulsivo, les llamó Jesús *Boanerges*, que significa *hijos del trueno* (Mr. 3:17). Los dos hermanos fueron reprendidos por el Señor a causa de su impetuosidad (Lc. 9:54). Ambos pidieron un lugar preferente en el reino del Mesías, anunciándoles Jesús que beberían la copa de Él (Mr. 10:39), cumplimiento que se produjo en relación con Santiago al morir degollado por mandato de Herodes Agripa I, sobre el año 44 (Hch. 12:2). La tradición lo llamó *Santiago el Mayor*, para distinguirlo de otros con ese nombre. Si su muerte se produjo en la fecha antes indicada, no debió ser el escritor de la *Epístola*, puesto que no se presenta a sí mismo como *apóstol*, forma habitual en todos los escritos apostólicos. Por otro lado, la iglesia primitiva hubiese hecho mención del escrito relacionándolo con el apóstol.

¹ William Barclay, *Santiago, 1 y 2 Pedro*, pág. 45.

El segundo es *Santiago*, el hijo de Alfeo, otro de los doce apóstoles (Mt. 10:3; Mr. 3:18; Lc. 6:15; Hch. 1:13). También se dice que Leví era llamado *hijo de Alfeo*, pero, probablemente se trate de otro con ese nombre y Leví y Jacobo o Santiago, no fuesen hermanos. A éste se le identifica generalmente como *Santiago el Menor*, tal vez por su estatura o por su juventud, para distinguirlo de Santiago el hijo de Alfeo. Su madre era una de las mujeres con nombre de María (Mr. 15:40). Es un apóstol sólo conocido por su inclusión en las listas de los Doce, no habiendo otras referencias personales en el Nuevo Testamento. Es muy dudoso que este fuese el autor de la *Epístola*, por las mismas razones apuntadas para el anterior.

En tercer lugar, aparece el padre de Judas, no el Iscariote (Lc. 6:16). No se dice nada de él, salvo esta relación con el apóstol Judas. Por esta razón debe descartarse como posible autor de la *Epístola*.

Queda en último lugar a *Santiago el hermano del Señor*. Aparece en la lista que el evangelio da de los hermanos de Jesús (Mt. 13:55; Mr. 6:3). Posiblemente durante el ministerio de Jesús, Santiago no debía admitir la autoridad del Señor (cf. Mt. 12:46-50; Mr. 3:31-35; Lc. 8:19-21; Jn. 7:5) y probablemente no lo reconocía como el Mesías. Que el Señor tuvo hermanos, nacidos de la relación entre María y José después del nacimiento de Jesús, es un hecho evidente en los evangelios. Tanto Mateo como Marcos nombran a cuatro hermanos y hacen referencia también a sus hermanas (Mt. 13:55; Mr. 6:3). La idea de que María permaneció siempre virgen contradice lo que escribe Mateo: “*Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer. Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre Jesús*” (Mt. 1:24-25), en donde se aprecia la relación matrimonial en el uso común del verbo *conocer*, y el calificativo de *primogénito* que recibe Jesús. Es a partir del s. III, que para sustentar la perpetua virginidad de María, la iglesia griega propuso la tesis de que los *hermanos del Señor* eran hijos de José, habidos en otro matrimonio anterior. Esta suposición no tiene base bíblica alguna y tampoco histórica. En el s. IV y por la misma causa, Jerónimo propuso que los *hermanos del Señor*, eran primos de Jesús, hijos de la hermana de María, y que Santiago era el discípulo de Jesús. La principal argumentación la sustentan en que los nombres de Jacobo, Simón y Judas, aparecen juntos en las listas de los Doce (Mt. 10:2-4), por lo que debían ser hermanos y se pueden identificar con los *hermanos de Jesús*. En esta argumentación, María la madre de *Santiago el Menor* (Mr. 15:40), es la misma María la mujer de Cleofas, hermana de la Virgen (Jn. 19:25), ya que Cleofas es el mismo que Alfeo, como idéntica trascripción del nombre en arameo. Sin embargo identificar a los tres apóstoles con los *hermanos de Jesús*, supone el conflicto de la oposición a su ministerio que se relata en los evangelios. Los

evangelios presentan a los hermanos como miembros de la familia de María, lo que descarta la idea de ser hijos de otra María y de Cleofas. En el fondo de todo esto se aprecia el deseo de Jerónimo, entusiasta del celibato, de mantener la virginidad de María y de José en forma perpetua.

A *Santiago* el hermano del Señor, se le apareció Jesús resucitado (1 Co. 15:7), lo que sin duda supuso para él la evidencia máxima de la realidad de quien era su *medio hermano*, es decir, hijo de la misma madre pero no del mismo padre, ya que Jesús, nuestro Señor, fue concebido por operación especial y omnipotente del Espíritu Santo (Mt. 1:20).

Luego de la ascensión del Señor, aparece en el lugar de oración donde se reunían los doce y las mujeres, junto también con María, la madre de Jesús (Hch. 1:12-14). Es posible que llegase al liderazgo de la iglesia en Jerusalén como consecuencia de la muerte de Santiago, el hermano de Juan (Hch. 12:2). El lugar que ocupaba en la iglesia en Jerusalén era de relevancia. Cuando fue visitado por Pablo, le llama una de las tres columnas de aquella iglesia (Gá. 1:18-19; 2:9). El apóstol Pedro habla con mucha deferencia de él, encomendando que diesen aviso de su liberación “*a Jacobo y a los hermanos*” (Hch. 12:17). No cabe duda que en ese tiempo este *Jacobo* no podía ser el hermano de Juan, puesto que había sido muerto por Herodes (Hch. 12:2). *Santiago* tomó parte importante en el Concilio de Jerusalén, que con toda seguridad presidió (Hch. 15:13-29). Fue una figura clave para recomendar una solución de convivencia, pidiendo a los gentiles que evitasen ciertas prácticas a fin de facilitar la comunión con los cristianos de origen judío (Hch. 15:28-29). Es evidente que sentía una simpatía muy fuerte por las costumbres judías como se pone de manifiesto en la recomendación que hace al apóstol Pablo cuando visitó Jerusalén, posiblemente por última vez (Hch. 21:17-26).

En cierta medida, se le considera *apóstol* (Gá. 1:19) en el sentido de ser *enviado* con un campo de ministerio entre los judíos (Gá. 2:9). Su autoridad espiritual se ponía de manifiesto cuando algunos visitaron las iglesias del mundo gentil demandando en nombre de *Jacobo* que el mismo apóstol Pedro comiese en mesas separadas de los gentiles (Gá. 2:12). Era un hombre casado (1 Co. 9:5).

La tradición posterior, como señala Hegesippo, antiguo historiador cristiano, sobre el año 180, dice que a este Jacobo se le llamaba *el*. Como escribe Everett Harrison, citando a Eusebio:

“Eusebio cita el testimonio de Egesippo, un historiador eclesiástico del siglo II, que dice que Santiago vivió la vida de nazareo a perpetuidad,

pasando mucho tiempo en oración en el templo y gozando de la estima de los judíos, por lo que los líderes le suplicaron advertir a la gente en contra de creer en Jesús. Cuando él utilizó esta oportunidad para dar testimonio de Él, los escribas y los fariseos se indignaron y ordenaron que fuese arrojado desde la muralla del templo. Con todo, sobrevivió lo suficiente para orar por su nación, muriendo finalmente a consecuencias de un golpe de garrote del lavadero”².

Evidencias internas.

El autor se califica a sí mismo como κυρίου Ἰησοῦ Χριστοῦ δοῦλος, *siervo del Señor Jesucristo*. Sólo a una persona bien conocida de la iglesia primitiva podía servir una identificación tan general y sencilla. Santiago reunía en sí mismo esa condición, como alguien que tenía un papel destacado en la iglesia en Jerusalén.

La sintaxis de la carta, aunque en un excelente griego, es más semita que helena. Ningún otro escrito, salvo la *Epístola a los Hebreos* tiene un griego tan correcto, acercándose en todo a la lengua clásica. Sorprende la riqueza del texto griego que recurre muy pocas veces a construcción hipotáctica³.

El escritor es un profundo conocedor del Antiguo Testamento, lo mismo que debían serlo sus destinatarios. El saludo introductorio es propio de judío, ταῖς δώδεκα φυλαῖς ταῖς ἐν τῇ διασπορᾷ, *a las doce tribus que están en la diáspora* o en la *dispersión*. El origen judío del escritor se pone de manifiesto en que llama a Abraham, ὁ πατήρ ἡμῶν, *nuestro padre*. Otra evidencia de su vinculación semita se aprecia al ser el único escritor del Nuevo Testamento que utiliza la expresión Κυρίου σαβαώθ, *Señor de los ejércitos*, uso propio en algunos profetas del Antiguo Testamento.

Utiliza también personajes del Antiguo Testamento para ilustrar sus enseñanzas, como por ejemplo Abraham e Isaac (2:21); Rahab (2:25); Job (5:11); Elías (5:17, 18). Hace también continuas apelaciones a la ley.

Es persona que está familiarizada con fórmulas judías, usadas en los tiempos del nacimiento de la Iglesia, como son las utilizadas para los

² Everett Harrison. *Introducción al Nuevo Testamento*. Editorial Subcomisión Literatura Cristiana de la Iglesia Reformada. Grand Rapids, 1980, pág. 386.

³ Construcción subordinada.

juramentos (5:12). La referencia a costumbres judías es evidente, como ocurre con la alusión a la limpieza de las manos y a la purificación de los corazones (4:8). Otro testimonio evidente en este sentido es la importante referencia que hace de la higuera, aceptada como símbolo de Israel en el mundo judío de entonces (3:12).

Muchas palabras de la *Epístola*, concuerdan con las de Santiago registradas en Hechos: a) El término ἀγαπητοί, *amados*, que aparece en 1:16, 19 y 2:5, ocurre también en Hechos 15:25. b) La expresión ἀκούσατε, ἀδελφοί μου ἀγαπητοί, *hermanos míos amados, oíd*, en 2:5, es muy semejante a la de Hechos 15:13. c) El uso de ἐπιστρέψη, *volver*, en relación con la conversión 5:19, 20; la utiliza también Santiago en Hchos 15:19. d) De la misma manera ocurre con ἐπισκέπτεσθαι, *visitar*, que aparece tanto en la *Epístola* (1:27), como en Hechos 15:14).

Es notoria la gran semejanza que existe entre la enseñanza de la *Epístola* y el *Sermón del Monte*, como se aprecia en la siguiente relación:

Tema	Cita epístola	Cita
Mateo		
Gozo en medio del sufrimiento.	1:2	5:10-12
Exhortaciones a la perfección.	1:4	5:48
Buenas dádivas.	1:5	7:7
Los términos ποιηταὶ, <i>hacedores</i> , y ἀκροαταὶ, <i>oidores</i> .	1:22	7:24
La expresión <i>guardar toda la ley</i> .	2:10	5:19
Las bendiciones de la misericordia.	2:13	5:7
Las bendiciones para los pacificadores.	3:18	5:9
La amistad del mundo y sus consecuencias.	4:4	6:24
Las bendiciones para los humildes.	4:10	5:5
El pecado de juzgar a otros.	4:11, 12	7:1-5
La polilla y el orín en relación a las riquezas.	5:2-3	6:19
El mal uso de los juramentos.	5:12	5:33-37.

La forma de las expresiones y el modo de la exhortación, es muy semejante en ambos casos.

A la vista de las evidencias internas, la paternidad de *Santiago el hermano del Señor*, es muy fuerte.

Objeciones.

Especialmente desde el entorno liberal se niega la paternidad de la *Epístola*, presentando algunos argumentos aparentemente contrarios:

La perfección del griego utilizado no corresponde a un hebreo. Es indudable que el griego utilizado es excelente, comparable con el de la *Epístola a los Hebreos*, por tanto, un galileo cuya lengua natal fuese el arameo, no hubiera podido expresarse tan correctamente en griego. Además, las citas bíblicas que aparecen en el texto están tomadas de la LXX y no de otros textos hebreos. Aún así no es bastante razón para refutar la paternidad de la *Epístola*, ya que la región de Galilea era una zona donde se utilizaba mucho el griego. Por otro lado, como ocurre mayoritariamente con las cartas del Nuevo Testamento, el autor dictaba y un amanuense la escribía, significa esto que si el que escribió la carta dominaba el griego, el estilo idiomático corresponde al del amanuense.

Un segundo argumento contrario es la ausencia de temas teológicos destacables. Así no se hace mención de la muerte y resurrección de Cristo. No se menciona tampoco el evangelio. Pero, estas tampoco son evidencias definitivas por cuanto el escrito no es un tratado teológico, sino un escrito parenético.

Evidencias externas.

Posiblemente una de las evidencias externas está en la referencia de Eusebio a la muerte de Santiago, citado antes. Como escribe Simón J. Kistemaker:

“Eusebio, el historiador eclesiástico del siglo cuarto, cita a Hegesipo, quien narra que Santiago acostumbraba a entrar solo en el templo y que se podía encontrar arrodillado y orando por el perdón del pueblo, a tal punto que sus rodillas se pusieron duras como las de un camello a causa de su constante adoración a Dios. Como líder de la iglesia de Jerusalén, Santiago se había granjeado el respeto tanto de los cristianos como de los judíos. Sin embargo, este hombre pío, conocido como Santiago el Justo, encontró una muerte violenta descrita por el historiador judío Josefa. Después de que el gobernador Festo (Hch. 24:27-26:32) muriera en el año 62, el emperador Nerón envió a Albino a Judea como sucesor de Festo. Pero antes que Albino llegase a Jerusalén, un sumo sacerdote llamado Anano, que era joven e inexperto, juntó a los jueces del Sanedrín. Acusó entonces a Santiago y a otros de quebrantar la ley. Santiago fue condenado a muerte por apedreamiento. Sin embargo, Santiago encontró la muerte a manos de los

sacerdotes que lo arrojaron desde el techo del templo. Sobrevivió a la caída, pero ellos comenzaron a apedrearlo hasta que un lavandero lo golpeó con un garrote hasta matarlo"⁴.

Autenticidad y canonicidad.

A pesar de las influencias liberales que atribuyen el escrito a un judío no convertido⁵. Estos entienden que se trata de un escrito de *sabiduría*, judeo-helenista, escrita a mediados del s. I en Siria o Palestina y que posteriormente habría sufrido interpolaciones cristianas. Posiblemente cerca del fin del s. I, sobre los años 80, se introdujeron interpolaciones con los nombres de Jesús en ciertos pasajes⁶, así como alusiones a los ancianos o presbíteros de la iglesia⁷, lo que permitió basándose en ese engaño, la entrada del escrito en el canon del Nuevo Testamento. Otros liberales⁸ dicen que la *Epístola* es obra de un desconocido, que usando el artificio del seudónimo, oculta su nombre bajo el de Santiago. Proponiendo una composición del escrito entre los años 70 y 150. Sin embargo, a pesar de todos los intentos, ninguno de estos y de otros liberales han logrado demostrar que la *Epístola* no fuese originariamente un escrito cristiano, estableciendo sus tesis sobre argumentos internos muy problemáticos, sin contar para nada con la tradición, que unánimemente la atribuye a Santiago el hermano del Señor.

El testimonio de la patrística es firme. Es cierto que antes de Orígenes no hay referencias que atribuyan la *Epístola* a Santiago el hermano del Señor, si bien hay varias citas que coinciden con la *supuesta* Epístola de Santiago. En citas de sus obras en latín hay referencias a la *Epístola* que denomina del *apóstol* y del *hermano del Señor*; pero el traductor tendía a conformarse a la ortodoxia de su tiempo (a. 400). Con todo es suficiente las múltiples referencias en este sentido. Clemente Romano, en su *Epístola a Corintios*, cita 2:23 y 4:6. Lo mismo ocurre con el *Pastor de Hermas*, con clara alusión a 1:5-8. Justino, en su obra *Dialogo cum Tryphone* 49. 8, hace referencia a 2:19; y en 100.8, cita 1:15; en *Apología* I, 16.5, hace referencia a 5:12. Ireneo en *Adv. Haer*, 4:16.2, cita 2:23 y 1:18. Tertuliano en sus obras *De oratio* y *Adv. Iudaeos*, se refiere a 1:13; 2:23. Clemente Alejandrino, la cita a menudo e incluso hizo un comentario sobre ella en sus *Bocetos*. Eusebio de Cesarea, el historiador de la iglesia hace referencia en su

⁴ Simón J. Kistemaker. *Santiago, 1-3 Juan*, pág. 21.

⁵ Entre otros Massebieau, Spitta y Meyer.

⁶ Stg. 1:1; 2:1.

⁷ Stg. 5:14.

⁸ Entre ellos Von Soden, Harnack, Moffat, Dibelios y Paterson.

Historia Eclesiástica a los libros que son discutibles, de los que dice: “A los libros discutibles pero no obstante conocidos por la mayoría, pertenecen la supuesta *Epístola de Santiago* y la de Judas, la segunda *Epístola de Pedro* y las supuestas segunda y tercera de Juan, tanto si son del evangelista como si pertenecen a otra persona con el mismo nombre”⁹.

Los unciales primitivos, como el *Sinaítico* (s. IV) contiene la *Epístola de Santiago*. En el *Alejandrino* (s. V) también aparece. Las grandes versiones como la *Vetus latina* y la *Pesita* contienen la *Epístola* como de Santiago.

A partir del s. IV la tradición es unánime en el reconocimiento de la *Epístola*, como canónica, si bien las dudas que se apuntan en ese tiempo y posteriores tienen que ver con el sentido en que debe entenderse el apostolado de Santiago el hermano del Señor. Ya en tiempos de la reforma, tanto Erasmo, como el cardenal Cayetano, pusieron en duda la autoría de Santiago. Posiblemente por no haberse detenido en su estudio y por las contiendas en materia de justificación por la fe, Lutero la calificó de “*epístola de paja*”. Los otros reformadores como Melancthon, Zuinglio y especialmente Calvino la consideraban como escrito inspirado y reconocían la enseñanza y utilidad de ella.

Destinatarios.

La introducción indica que está dirigida ταῖς δώδεκα φυλαῖς ταῖς ἐν τῇ διασπορᾷ, a las doce tribus que están en la diáspora o dispersión. Es aparentemente una referencia a los judíos cristianos esparcidos, tal vez como consecuencia de las persecuciones que se iniciaron en tiempos de Herodes (Hch. 12:1).

Si se alegoriza la introducción cabría pensar en una epístola universal a todos los cristianos, que están esparcidos en el mundo. Con todo la expresión no significa exclusividad, es decir, un escrito dirigido únicamente a los cristianos de origen judío, o a las iglesias en Palestina, formadas mayoritariamente por judíos. Porque si bien es verdad que quien escribe es un judío y que en su mente están los cristianos procedentes del judaísmo, como lo demuestra la fraseología y el continuo uso del Antiguo Testamento, no existe una iglesia judía y otra gentil, sino una sola Iglesia, formada por todos los creyentes en Cristo, sin distinción de raza, origen, ni condición (Ro. 10:12; 1 Co. 12:13; Gá. 3:28; Col. 3:11). Esto está claramente contemplado en la *Epístola*: Los destinatarios han sido regenerados en Cristo

⁹ Historia Eclesiástica 3.25.1-7

en respuesta de fe al mensaje del evangelio (1:18); todos son creyentes en Jesucristo (1:1; 2:1); tienen una ley común a todos, la de la libertad (2:12); viven esperando el regreso de Jesucristo (5:7-9). Por tanto, el escrito tiene como destinatarios a los cristianos, sean judíos o gentiles, en cualquier tiempo y circunstancia.

Con todo no deja de apreciarse que Santiago combate en la *Epístola*, no tanto problemas propios de los ambientes gentiles, sino del judaísmo, como la hipocresía (1:22, 25-27); el orgullo religioso (2:14-16; 3:1); contemporización y adulación de los ricos (2:2ss; 4:13ss); egoísmo (4:1-3); espíritu partidista, intrigante y malediciente, con manifestaciones de rencor (3:14-15; 4:11). Defectos denunciados también por Cristo en la sociedad religiosa de su tiempo.

Posiblemente los cristianos a quienes está dirigido el escrito son en su mayoría gente humilde (2:5-8). De ahí que algunos en su pobreza sientan envidia de las riquezas de los poderosos en la sociedad, algunos de los cuales estarían también en la iglesia.

El estilo refinado del griego de la *Epístola* hace suponer que en el pensamiento estuviesen también los judíos helenistas convertidos que vivían en el mundo griego, fuera de Palestina. Tradicionalmente los judíos de la diáspora estaban muy vinculados con Jerusalén, asistiendo a las fiestas de los judíos, por esa misma razón los cristianos procedentes del mundo judío-helenista, estarían más dispuestos a la exhortación de líderes de la iglesia en Jerusalén.

En el tiempo del escrito la mayoría de los creyentes habían salido del entorno hebreo. Los primitivos cristianos convertidos en Jerusalén habían sido esparcidos por Judea y Samaria a causa de las persecuciones de Saludo (Hch. 8:1). Algunos de ellos llegaron incluso a Antioquia, donde nació una iglesia por el testimonio de ellos (Hch. 11:19ss). Como cristianos no se distinguen de los que más tarde se incorporarían a la Iglesia procedentes de los gentiles. Puede concluirse que por extensión la *Epístola* se dirige a los creyentes en Cristo en todos los tiempos, como se indica más arriba.

Lugar y fecha de redacción.

Si el autor fue, como se ha considerado, Santiago el hermano del Señor, el lugar de redacción no parece que pueda ser otro que Palestina. En la *Epístola* se hace alusión a las condiciones climatológicas propias de esa región, con lluvias en primavera y en otoño (5:7). De igual manera menciona el *calor abrasador*, propio del verano palestino (1:11). Hace referencia a

productos típicos de la zona, como son las aceitunas y los higos (3:12). Dentro del territorio de Palestina, el lugar más probable, puesto que allí desarrollaba su ministerio, es Jerusalén.

Aceptar la *Epístola* como de Santiago, el hermano del Señor, requiere una datación temprana del escrito. La persecución de los creyentes se produjo muy pronto en Jerusalén y siempre antes del año 70. Es interesante observar el uso que hace de la palabra *sinagoga* para referirse a la congregación, lo que indica también una utilización temprana del término que luego sería el de *iglesia* (2:2).

En el escrito no se aprecia referencia alguna a la controversia sostenida en el Concilio de Jerusalén en el año 49, ni a los acuerdos que salieron de él, por tanto debe entenderse que la redacción de la *Epístola* debió haber ocurrido antes. La fecha puede establecerse entre los años 44 y 48, lo que nos sitúa ante uno de los escritos más antiguos del Nuevo Testamento.

Trasfondo de las iglesias.

Los lectores son judíos esparcidos, por ello se les recuerdan muchos ejemplos y figuras propias de su experiencia en Judea. La mayoría de los lectores son de clases sociales bajas y pobres (2:5). Estos estaban sujetos a la extorsión y opresión de sus conciudadanos más ricos (2:6; 5:4). Por esta circunstancia había cristianos que buscaban el favor de los ricos, a quienes trataban con parcialidad en las congregaciones (2:2ss).

Es evidente que la iglesia está comenzando, detectándose una falta de organización interna, funcionando muy a la semejanza de la sinagoga. Había creyentes que deseaban fervientemente llegar a ser maestros, posiblemente como modo para alcanzar un nivel de posición superior, propio del sistema farisaico al que tan acostumbrados estaban (3:1ss).

Esta situación conducía más bien a una práctica de estilo religioso que a una verdadera vida de piedad cristiana (1:22; 3:1). Semejante condición conducía a manifestaciones de orgullo y contención entre los creyentes (4:1).

De igual manera se intuye que había una falta de compromiso en los cristianos, buscando sus propios negocios antes de los del reino de Dios (4:5-15).

Motivo.

A la luz del contexto de las iglesias, Santiago escribe para exhortar y corregir lo que estaba desordenado. Especial interés en el escritor era llamar la atención a los lectores sobre la necesidad de vivir la fe, en la práctica de la ética cristiana consecuente con ella.

No cabe duda que en contraste con otros escritos del Nuevo Testamento, especialmente con el *corpus paulino* se aprecia menos interés en la teología formal. El escritor está más interesado en corregir los desequilibrios que se producen en las congregaciones, en el trato de los creyentes entre sí, dando ánimo a quienes están sujetos a injusticias sociales por parte de los ricos, y a exhortar a todos a una vida conforme a los principios cristianos. Por esta razón en la *Epístola* aparecen una serie de normas morales que son tomadas o se sustentan en los textos sapienciales del Antiguo Testamento, adquiriendo la forma de una instrucción moral.

La finalidad de la *Epístola*, sería recordar a todos la necesidad de una vida concordante con la fe que se profesa, llamando a todos a ser *hacedores de la Palabra* en lugar de simples *oidores* de la misma (1:22).

Tema.

Es difícil establecer un tema general para el escrito, siendo varios los que pueden proponerse. Singularmente merece destacar como hilo conductor de toda la *Epístola* el de una vida consecuente con la fe que se profesa.

Contenido teológico.**Teología propia.**

La doctrina de Dios se asemeja mucho a la propia del Antiguo Testamento. No debe olvidarse que tratándose de un escrito temprano, aun no circulaban los del Nuevo Testamento. Se utilizan calificativos para Dios veterotestamentarios, tales como *El Señor* (4:15; 5:11-12); *Padre* (1:17, 27; 3:9); *Señor*, o *Jehová de los ejércitos* (5:4). Los conceptos de *celo* y *juicio* están presentes: El Espíritu desea el control absoluto de la vida de los creyentes (4:5); el que se amista con el mundo se constituye enemigo de Dios (4:4); se habla de juicio para los opresores del débil (5:1-6).

Dios es presentado como Aquel de quien procede todo el bien: Dador de sabiduría (1:5); de buenas dádivas y dones perfectos (1:17); misericordioso con el humilde (5:11).

Las referencias a Cristo son pocas y se menciona por nombre sólo en dos lugares (1:1; 2:1). Con todo se enseña claramente que Él es objeto de la fe (2:1), de modo que se aprecia esta misma relación para la salvación en otros lugares de la *Epístola* (1:18; 2:14-16)

Hay una sola referencia al Espíritu Santo (4:5), como quien mora en los cristianos y demanda fidelidad.

Bibliología.

La Bibliología es una de las doctrinas centrales de la *Epístola*. Hay muchas alusiones a la Palabra tomando referencias del Antiguo Testamento, donde aparecen citas de Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio, Josué, 1 Reyes, Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel, Oseas, Joel, Amós, Jonás, Miqueas, Zacarías y Malaquías. No deja de ser sorprendente esta abundancia de referencias bíblicas en un escrito que contiene ciento ocho versículos. La inspiración bíblica es asumida por él, al citar la Escritura como norma autoritativa (4:5-6).

Hay una amplia alusión a las enseñanzas de Jesús, más que en cualquier otro libro del Nuevo Testamento, aparte de los Evangelios. No deja de sorprender que en el escrito, Santiago hace referencia unas quince veces a las enseñanzas de Jesús en el Sermón del Monte. Las palabras de Jesús las combina con las del Antiguo Testamento dándoles a todas ellas la condición de Palabra inspirada de Dios.

Los calificativos que se da a la Escritura son muy ilustrativos:

Palabra de verdad (1:18). El calificativo tiene que ver directamente y es equivalente al evangelio.

La Escritura (2:8, 23; 4:4-5). El término era, en tiempos de Cristo, sinónimo de los escritos del Antiguo Testamento, por tanto, no se utilizaba para referirse a ningún otro tipo de escrituras. Apelar a la Escritura significaba poner punto final a cualquier argumento (4:5-6).

La perfecta ley de la libertad (1:25; 2:12). Es un título propio de Santiago que aparece regularmente para referirse a la Palabra de Dios. Aunque incluye al Antiguo Testamento, no puede decirse que es absolutamente equivalente (1:25-27). Posiblemente esta referencia tiene que ver con la revelación del Antiguo Testamento que es llevada a su máxima expresión y cumplimiento en las enseñanzas de Jesús.

Destaca también los efectos de la Palabra:

La Palabra es un medio de regeneración (1:18); y en una novedosa afirmación *es implantada para salvar el alma* (1:21).

La compara con *un espejo que refleja los defectos del hombre* (1:23-25). Por tanto, el cristiano debe mirarse atentamente en ella, para descubrir los propios (1:25), procurando cumplir sus demandas (1:22). Es muy interesante que Santiago se refiere especialmente en esto a los varones, usando *ἀνδρῖ*, *varón*, en lugar de *ἄνθρωπος*, *persona*, apuntando a que los hombres, más aun que las mujeres, deben prestar atención esmerada en el relación con lo que enseña la Palabra.

Habla de ella como *guía para la vida cristiana* (2:8).

Enseña que en el día del juicio *servirá para juzgar* (2:12).

Todo el conjunto de referencias a la Palabra, ponen de manifiesto la consideración básica que tenía para el autor la bibliología.

Soteriología.

La soteriología en el escrito tiene una mayor vinculación con los principios de la enseñanza de los fariseos que con los de la enseñanza de Pablo, sin que esto suponga conflicto alguno entre ellas. Como escribe H. Alford.

*“Las nociones judías farisaicas fueron introducidas en las creencias adoptadas en el cristianismo, y el peligro no era, como ocurrió después, del establecimiento de una justificación por la ley a estilo judío, sino de una confianza judía sobre una pureza de fe exclusiva que tendía a reemplazar la necesidad de una vida santa, que está inseparablemente unida a cualquier creencia digna de la fe cristiana”*¹⁰.

Quiere decir esto que los fariseos buscaban los aspectos externos, en la observancia de la ley, lo que producía un cierto contagio en los cristianos de origen judío quienes se contentaban con aspectos externos del ejercicio de la piedad, sin tener en cuenta la realidad interna del corazón. De ahí en énfasis en las *obras de la fe*, lo que es igual a hacer visible la realidad de la fe mediante las obras.

¹⁰ H. Alford. *The Greek Testament*, IV, Prolegómena, pag. 102.

La fe es uno de los temas más destacables en la *Epístola*, algunos exegetas lo consideran como el tema central y el hilo conductor de ella¹¹. Santiago considera la fe como principio activo de la vida cristiana (1:6; 5:15). Para él la fe descansa en la confianza en Cristo que es objeto de ella (2:1). El contraste para Santiago no está entre fe y obras, sino entre una fe muerta (2:14-20) y una fe viva (2:21-26). La fe muerta no es válida para la salvación, ni para la santificación, puesto que una fe que no es dinámica, aunque esté basada en un credo ortodoxo, es muerta en sí misma (2:17, 19, 20).

Antropología.

El hombre se presenta como un ser creado por Dios (3:9), compuesto por una parte material y otra inmaterial (2:26; 3:9). A pesar de la caída, retiene algo de la semejanza con la creación original (3:9).

Hamartología.

La *Epístola* enseña la universalidad del pecado (3:2). Enfatiza la herencia de la naturaleza pecaminosa del hombre (1:14-15; 2:1ss; 3:1ss; 4:1ss). El pecado no es un simple defecto del hombre, sino una ofensa directa contra Dios (2:10), por tanto es también una infracción de lo establecido por Él (2:9, 11). El pecado es también para Santiago un principio activo (2:9; 5:15). Lo considera como la falta de lo bueno (4:17). Es esencialmente todo aquello que está en contra de un Dios justo (4:5; 5:9). El pecado es lo que se opone a la revelación de Dios en su Palabra (2:9-11).

En la *Epístola* se citan áreas en las que el hombre puede pecar: Con la palabra (3:1ss); con la actitud (4:12-17). De la misma manera expresa los resultados del pecado: falta de bendición (1:25); juicio (2:13); muerte espiritual (2:14-26; 5:20); oraciones sin respuesta (4:2).

Santiago menciona algunos pecados específicos entre los destinatarios: Parcialidad (2:1-3); pecados de lengua (3:1-12; 5:12); contención (4:1-3, 11-12); mundanalidad (4:4-5).

Angelología.

La *Epístola* asume la existencia de Satanás. La relación que existe con el pecado del hombre se pone de manifiesto sin rodeos (4:1-7). Al cristiano

¹¹ Entre ellos Evis L. Carballosa en su libro *Santiago, una fe en acción*.

se le exhorta para que resista al diablo y obtenga con ello la victoria. En ese mismo pasaje se relaciona Satanás con el sistema mundial y sus gobiernos.

Vida cristiana.

Especialmente destacables son la doctrina de la dedicación y la de la dependencia.

Dedicación.

En cuanto a la *Dedicación*, se presenta como un asunto urgente para cada cristiano (4:7-10). Esta manifestación de entrega sin reservas de la vida a Dios debe ser algo asumido claramente por cada creyente. La dedicación es presentada en la *Epístola* como algo total que incluye varios aspectos: *Sumisión* (4:7), indicando a los destinatarios que es necesario que cada uno se sujete a Dios y se subordine a Él. *Decisión* (4:7), en el sentido de determinar conde quiere estar el cristiano, si al lado de Dios o de Satanás, tomando una postura firme frente a esto. *Separación* (4:8), del mundo, el pecado y sus efectos, presentando ante Dios manos y corazones limpios. *Firmeza de posición* (4:9). Volverse a Dios implica también alejarse del pecado del pasado. Santiago utiliza un lenguaje muy fuerte para describir la reacción que un creyente debe tener hacia la vida que vivía antes de conocer a Cristo. Cuando se tiene claro lo que se era en el tiempo pasado, se orientará la forma de encarar el futuro conforme a la voluntad de Dios. *Sujeción a Dios* (4:10). El yo queda anulado en la medida en que se acepte la voluntad de Dios. En ese sentido se requiere una determinada y decidida humildad, ya que la exaltación final pasa primero por la humildad.

Dependencia.

Sobre la *Dependencia*, vincula esta a la dedicación plena, en el sentido de que no es posible una dedicación a Dios que no se establezca sobre la base de la dependencia. Ambas ideas está estrechamente unidas en el pensamiento del escritor (4:7-10, 13-17). Por esa causa exhorta en una llamada de atención a quienes hacen planes para el futuro como si Dios no contase para ellos (4:13). Esto no significa que el cristiano no planifique, pero debe hacerse sin la presunción de que se obtendrá lo que se ha propuesto. A esto se une también la conciencia de la transitoriedad de la vida, conformándola siempre y aceptando sin reservas la voluntad de Dios para ella.

Oración.

Era de esperarse que aquel a quien se llamaba *rodillas de camello*, por la intensa dedicación que hizo en su vida a la oración, dedicase a este tema un espacio importante en el escrito. Se trata en tres secciones unidas a referencias en otros lugares de la *Epístola* (1:5-8; 4:2-3; 5:13-20).

En ellas se aprecia:

Requisitos para la oración. Entender claramente a quien se ora (1:5; 4:3); reconocer la necesidad personal de la oración (4:2; 5:16); vivir una vida de fe que se manifieste en quien ora (5:16); la ausencia de egoísmo personal que condicione la oración (4:3); orar sobre la base de las promesas de Dios, aceptándolas por fe, sin dudar (1:6).

Temas de oración. Se aprecian muchos temas por los cuales debe orarse, y que pueden agruparse así: *Por problemas de comprensión mental* (1:5-8). Dios puede responder a la petición por sabiduría, sin reproche hacia el que ora. *Por necesidades personales* (4:1-3). Tanto las que son propias del que ora como las de los creyentes en general. En ese tipo de oración se aprecia la necesidad de orar desinteresadamente. *Por aflicciones o enfermedades* (5:13-20). La oración es parte integrante del procedimiento para sanidad de la enfermedad de quien está involucrado en el pecado.

Modo de hablar

El mal uso de la lengua revela una anomalía en la vida cristiana (3:1-5). Santiago afirma que la ofensa más común procede de un mal uso de la lengua. Ese mal uso de la forma de hablar pone de manifiesto una vida espiritual contaminada (3:6-8), que revela una suciedad interna que aflora al exterior en las palabras. De la misma manera ese mal uso de la lengua determina una vida hipócrita (3:9-12), que alaba a Dios y maldice a los que Él hizo a su imagen y semejanza.

Sabiduría.

Para Santiago la sabiduría es el medio para una vida cristiana victoriosa (3:15-18). La sabiduría viene de Dios y se manifiesta en buenas obras, mansedumbre y paz. La sabiduría es pura, pacífica, amable, misericordiosa y llena de buenos frutos. El uso correcto de la sabiduría es esencial para una vida cristiana victoriosa.